

## Recordando a Enrique Garcés

LAURA DE CRESPO

*Enrique Garcés el amigo y el compañero de trabajo de tantos años viene a la memoria, fresco y dinámico como prefiero recordarlo. Vuelve en el recuerdo hasta el tono de su voz cuando quería algo, ya! , urgente! , hoy! , ya mismo! Qué bien le habría venido para sus prisas que las cosas se hubieran hecho por arte de magia; de poderlo, habría utilizado hasta los embrujamientos de su tierra para que todo marchara a la misma velocidad de su pensamiento.*

*Nacidas de esas urgencias han quedado plasmadas en realidades muchas empresas como aquella de la "Exposición permanente del libro ecuatoriano", que se pudo admirar en su tiempo en todos los corredores de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y que más tarde se tuvo que recoger porque sus volúmenes sobrepasaban el espacio disponible, tal fue la respuesta de los autores ecuatorianos al llamado de Enrique y gracias a él, buena parte del fondo bibliográfico nacional de esta Biblioteca de la CCE, cuenta con obras valiosas e inhallables.*

*Otro día amaneció con la ilusión de reunir, en sitio principal, las grandes figuras indígenas americanas y ahí tenemos el resultado de la plaza Indoa-mérica; eso era para él una afirmación más en su valoración de lo indígena que luego se traduce en sus libros: "Rumiñahui", "Espejo", "Daquilema", hechos con pasión. Pero el enamorado de la historia no se detiene ahí, va con su fina sensibilidad poética a estudiar a: Sor Juana Inés de la Cruz; a Isabel La Católica, a quien sitúa, en su admiración, entre dos grandes caballeros: el Cid Campeador y el Quijote; a Marietta de Veintimilla, mujer desusada para su tiempo,*

*que cautivó también a Enrique, quien la siguió apasionadamente, desafiando el oleaje embravecido de esa vida y de esa figura combatiente que ha dejado para siempre en nuestra historia marcada su impronta. Enrique la re-crea ante nuestros ojos y, al terminar el libro, nos parece verla en esa arrogante pose de generala uniformada con todas las galas femeninas.*

*Y, así, la enriquecida vida de Garcés no tuvo reposo y fue dejando parte de ella en el diario, en la cátedra, en el libro y en las instituciones en que actuó. De su paso por la Casa de la Cultura como Secretario General, queda, aparte de la obra profunda, el recuerdo vivo entre los amigos que supimos apreciarle. Yo prefiero recordarlo como era entonces, ya que me impresionó mucho verlo en los últimos tiempos; comparaba su agresividad cariñosa de aquellos días y, lo veía ahora envuelto en la suave y amarga hora de las nostalgias y las desilusiones. Esa hora final que felizmente estuvo iluminada por la grácil figura de María, su mujer.*